

ción de policía, donde encontró á su ilustre preso, el cual se negó á seguirle, y con razón. Dado el carácter de Maximiliano, érale mucho más agradable parecer en el Consejo sino amo, como regulador, después de la victoria, que encontrarse allí durante la pelea, en medio de aquel populacho desenfrenado y cuyos jefes podían tener ambiciones encontradas con las suyas; era, además, lo que le convenía, porque, caso de ser vencido, como no había violado ninguna ley, no habría tribunal que pudiese condenarle y volvería á la Convención más poderoso que nunca, mientras que sustrayéndose al arresto, se arriesgaba á ser puesto fuera de la ley, ó sea, ejecutado sin juicio. Así decía después Billaud: «Si hubiese continuado en la cárcel, ¿quién puede calcular las coyunturas propicias que su ascendiente le hubiese proporcionado?». Pero Hanriot volvió, y esta vez logró vencer, no sin grandes dificultades, la resistencia del preso, que decía: «Me perdéis, perdéis á la República.» Rodeado de guardias, de bayonetas, de picas y de cañones, fué llevado, á eso de las diez y media de la noche, á la Casa de la villa, donde se le juntaron su hermano, Saint-Just, Couthon y Lebas, sacados, por orden de la Municipalidad, de las cárceles en donde se les había encerrado.

En este momento, los robespierristas consideraban ganada la partida en París, y no pensaban ya sino en las provincias y en los ejércitos. ¡Cómo no creer en la victoria! El movimiento insurreccional no tropezaba en ningún obstáculo. Habíase logrado todo lo que se había comprendido. La plaza de la villa estaba llena de soldados fieles; llenas las tribunas de un pueblo entusiasta. Si no se tenían noticias de la fuerza democrática reunida en los talleres de la llanura de Grenelle, tampoco se dudaba de su fidelidad. Las secciones más enérgicas, los republicanos más vigorosos corrían á prestar su adhesión al Consejo municipal, y este impulso tan extendido no podía menos de continuar. En cambio, traían los espías noticias desastrosas para la Convención, de la que, en sentir de todos, la opinión se apartaba. Buena prueba de ello era la facilidad con que Hanriot se había llevado á los seccionarios encargados de defenderla. En las calles, en las plazas, en la vecindad, en lo interior de las secciones, en todas partes se reoigian ecos del celo con que la población parisiense se interesaba por el triunfo de la Municipalidad. A todos estos elementos se juntaba otro muy importante: la adhesión de los jacobinos, de aquellos jacobinos cuyo nombre andaba en labios de todos y que habían constituido hasta entonces la gran fuerza motriz y directora de la Revolución. Á las once de la noche, la situación podía resumirse en estas palabras: «Robespierre y la municipalidad triunfan». No hay para qué ponderar la alarma, el sobresalto que reinaría en las cien *bastillas* de París, adonde sólo llegaba un apagado eco de los extraordinarios sucesos que se desarrollaban fuera. En unas temblaban de pánico los presos, viendo aumentarse los preparativos que hacía días les espantaban; en otras, el toque á rebato, el de generala, el estruendo de los cañones y los frecuentes pregones les infundían, por lo contrario, esperanzas, discurriendo que, no pudiendo

ser más desgraciados de lo que eran, el cambio que trajese la lucha entre los tiranos necesariamente había de serles favorable. La impaciencia no les dejaba vivir y daba origen á pintorescas escenas: aquí, se les veía subir á los tejados; allá, la voz formidable del incansable Saint-Horuge les pregonaba las noticias que había podido recoger; en unas partes, el toque de rebato les enviaba ecos de espanto ó de esperanza; en otras, construían barricadas y se armaban con todo lo que podía servir de defensa, temiendo una nueva y más general degollación de Septiembre. «Subo á mi cuarto, dice Foignet, y por una pequeña ventana que da á los jardines, descubro, en la sección del Observatorio, dos ó tres gorros fríos corriendo con un tambor á publicar una proclama, que no pude oír. En el mismo instante, al extremo de la calle de Oursine, suena el tambor, presto atención y oigo: «De parte del comandante general, se invita á todos los ciudadanos á presentarse con sus armas en el cuartel general.... La guardia está reforzada; numerosas patrullas se suceden». Tal era el París de la Municipalidad, de los descamisados, de las calles y de las cárceles.

¿Dónde estaba el partido contrario? ¿Qué se hacía en la Convención, en los Comités: en los teatros, en ciertas secciones, donde quiera que el instinto ó el interés eran favorables á la Asamblea? Los convencionales se habían separado á las cinco y media de la tarde, precisamente cuando sus enemigos se declaraban en sesión permanente. Falta que Barere explica diciendo que los franceses de cierto tono no saben *deshorar*, es decir, sacrificar, sin una necesidad absoluta, sus costumbres, las horas de sus comidas y de sus placeres. Cuando los diputados volvieron al palacio de las Tullerías, poco después de las siete, habían cido el toque de rebato, de generala; habíanse enterado de los preparativos del ejército enemigo, ó habían visto iniciarse aquel movimiento de la muchedumbre y de la opinión hacia la plaza de Grève. La sesión empieza tristemente. Cada diputado que sube á la tribuna descubre un peligro, anuncia un fracaso. Legendre pronuncia un discurso enérgico, incoherente, fogoso, en el que persigue, en medio de su forma inculta, el laudable fin de atenuar las divisiones que habían separado hasta entonces á la Llanura de la Montaña. Rovere y Freron le imitan, y empujan á la Asamblea á adoptar medidas atrevidas. A unos cuantos diputados se les ocurre armarse, y distribuir pistolas y municiones entre sus compañeros. ¿Qué hacían en tanto los individuos de los comités de gobierno? Estos terribles directores del Terror, «tan abatidos en el peligro, según Barrás, como insolentes y crueles habían sido en la prosperidad de su poder», corrieron uno tras otro, cuando Cofinhal penetró en el pabellón del Reloj para libertar á Hanriot, á refugiarse en el salón de la Asamblea nacional, á la que habían tratado con tanto desprecio. Billaud sube á la tribuna, y después de algunas de sus fanfarronadas y de no pocas mentiras oficiales, declara que es preciso saber morir en su puesto. Ante semejante confesión de debilidad, la Convención, tan cobarde desde el treinta y uno de Mayo del noventa y tres, se crece, recoge

el poder y hace frente al peligro. Todos sus tiranos han venido á menos: Robespierre ya no la domina, y es su enemigo manifiesto; los comités, indecisos, medrosos, no alcanzan á disimular la angustia que les aflige y que les ha quitado la máscara habitual de su insolente orgullo; la Montaña, que siente su aislamiento, tiende la mano á la derecha, que recobra su lugar en la Asamblea y aporta al general movimiento su más honrada conducta, su más reflexiva inteligencia y su sentido más moral. La democracia francesa, que de la cumbre de la energía descendía de repente á la sima de la bajeza, tan admirable para salvar la patria como monstruosa para tiranizarla, que había creado el poder, si salúfero aquí, abominable allá, del Comité de Salvación pública, aquella democracia se transfiere de repente del Comité á la Convención, con la circunstancia de que, esta vez, el exceso en que incurre es del lado del bien. Cuando Billaud dijo que había que morir en sus puestos, «Todos moriremos», respondió á una voz la Convención. El presidente Collot sube al sillón y se cubre en señal de desgracia. «Ciudadanos, dice con su grave y profunda voz, ha llegado el momento de poner á prueba nuestra fuerza. Hanriot acaba de ser libertado por un grupo de malvados, que se han apoderado de los comités de Seguridad general y de Salvación pública y que están con sus cañones á las puertas de este salón. Ciudadanos, he aquí el instante de morir en nuestros puestos». Mostró entonces la Convención un valor parecido al del Senado romano cuando vió al cartaginés á las puertas de Roma. «Hanriot nos sitia; pongamos á Hanriot fuera de la ley». Y se le puso. «Necesitamos un jefe, gritó Voulland; nombremos á Barrás». Por aclamación Barrás fué nombrado, y aceptó. Se sabe que Robespierre está en el ayuntamiento, se declara fuera de la ley á la Municipalidad y á todos los funcionarios públicos rebeldes á Robespierre y «á todos los que se hayan sus- traído á un decreto de arresto». Los individuos del Comité se encierran en un pequeño cuarto, detrás de la presidencia, y desde allí redactan una proclama al pueblo y «expiden decreto tras decreto. ¿Pero qué podían hacer estos decretos sin sanción? En tanto se logra- ba reunir fuerza armada, que no se componía por ahora más que de un jefe, era neces- ario hacer valer la fuerza moral. Entendiéndolo así, dijo Beaupre: «Si no os apresuráis á participar á las secciones nuestro acuerdo unánime contra Robespierre, sus partidarios dirán que ha sido víctima de una facción». Por aclamación se acepta el consejo, é inme- diatamente se designa á doce convencionales, los cuales salen del salón y al minuto vuel- ven á entrar, con la faja tricolor en la cintura y el sable en la mano, lo que fué de un efecto asombroso; sin perder instante, acompañados de gendarmes y de ugieres con an- torchas, abandonan las Tullerías y se diseminan por las calles, proclamando en las encru- cijadas la perfecta unanimidad de la Convención, que los rebeldes han sido puestos fuera de la ley, y llamando al pueblo al socorro de sus representantes. Visitan las secciones menos comprometidas, en las que esperan encontrar un punto de apoyo, y en ellas com- batan enérgicamente la influencia de los robespierristas. Reparten al mismo tiempo la

proclama redactada por Barere, en la que, contando con la estúpida credulidad del popu- lacho, se denunciaba que Robespierre era un agente de los realistas, siendo lo raro del caso que la especie, con ser tan burda, surtió efecto. Acaecía esto á las once de la noche.

Después de la partida de sus comisarios, la Convención reincidió en el estado de an- gustia, aquel estado que nace de la incertidumbre y de la imposibilidad de obrar, angus- tia muda y soporífera, del que ha gastado toda la suma de actividad útil y ya no le queda sino cruzarse de brazos y esperar la victoria ó la muerte. De cuando en cuando, venían á distraer á los diputados de su amodorramiento algunos incidentes, como los de desfilar por el salón, ya un oficial municipal anunciando que se separaba de sus colegas, bien unos cuantos cañoneros, ahora un grupo de gendarmes, luego algunos individuos de comités de sección, oficiales de inválidos en fin, todos los cuales venían á jurar fidelidad á la Asamblea. Individualidades no más, ó pequeños grupos, que sólo servían para hacer sentir más profundamente á la Convención la espantosa soledad en que se encontraba. Pero estos hechos implicaban una grata novedad, la novedad de que, en medio de la ola que arrastraba á los revolucionarios hacia el Ayuntamiento, se estaba formando una contra- corriente que llevaba fuerzas hacia la Convención. No había perdido ésta toda su aureola revolucionaria; lejos de esto, había adquirido una nueva, la aureola de la grandeza caída. Para una parte de los descamisados, era todavía el centro de la soberanía nacional, que el mismo Robespierre había proclamado venerable; para el resto de la población, para todo lo que representaba en Francia cordura, inteligencia, arte, para los perseguidos, en una palabra, la Convención esclavizada era una compañera de desgracia, víctima también del Terror y á la que había que salvar primero para poder luego protegerse á sí mismos. ¿A quién se le podía ocultar que la victoria de la municipalidad llevaría al gobierno á una clase más sombría aun que la que lo monopolizaba entonces, á una porción más inepta, más grosera del populacho? De dos males, el menor. Ciertamente ninguno de los belige- rantes era simpático, que si los unos luchaban por la vida y los otros por su ambición ó su concupiscencia, todos, Robespierre y Billaud, la municipalidad y los comités, el Con- sejo general y la Montaña, querían la continuación del gobierno revolucionario; pero ¿quién podía dudar de que la municipalidad personificaba la anarquía y Robespierre el Terror? Por esto surgen ahora y toman parte en la lucha nuevas energías tiempo ha re- primidas, la libertad y la dignidad, representadas por hombres que salen del retiro en donde los tenía confinados el general espionaje, y que, frente á los jacobinos marchando lógicamente al último término de la Revolución, reclaman el derecho de vivir y de pensar. Mencionemos, entre ellos, al abogado realista Berrier, á quien vemos en la plaza del Ca- rrusel, en medio de doscientos seccionarios de la Reunión, sentado en el suelo, con una pica entre las piernas; al publicista girondino Belfroi, que guarda también el Carrusel con el batallón de su sección; á los seis mil aristócratas que la República, falta de capaci-

CAPILLA ALFONSO XIII

dades para todos los puestos de la administración, había tenido que respetar; al periodista escéptico Fievée, que se va en busca de noticias al teatro de la República, donde se representaba el *Epicharis* y *Nerón*, de Legouvé, y por lo que allí observa, regresa á su casa, se arma, corre á su sección, que encuentra reunida, las armas en el patio, los seccionarios en el salón, oyendo á dos emisarios de la municipalidad, que turnaban en la tribuna excitando á marchar en socorro de Robespierre y á quienes Fievée ataca enérgicamente, consiguiendo arrastrar á favor de la Convención á la asamblea vacilante. Este movimiento fué creciendo sin cesar. La presencia de los diputados en las calles, á caballo, con hachones encendidos, arengando al pueblo, tuvo algo de solemne, de conmovedor, como de mágico, y devolvió al ánimo á muchos irresolutos. «Fué aquello, dice un contemporáneo, la acción confusa de gentes de bien sacudiendo su temor y su inercia». Los tildados de sospechosos salen de su retiro y se van á la sección, llevándose consigo á los que tienen por prudentes enemigos del Terror; los guardias nacionales de Lafayette, amenazados de proscripción se agitan; los jóvenes á quienes repugnaba aquel innoble régimen, se arman; en suma, las secciones del centro de París se declaran por la Convención. «La clase intermedia, no los descamisados, fué la que salvó á la República el nueve de Thermidor», según un Montañés.

Mas con esto y con todo, con el efecto causado por los convencionales en las calles, con el prestigio de la Convención, con los esfuerzos de las personas honradas, con los aplausos prodigados á Legouvé y con la decisión de las secciones más cultas, no bastaba todavía, quedaba una incógnita por despejar, á saber: qué harían las secciones populares, las más numerosas y más osadas y de cuya actitud dependía, á no dudarlo, el resultado de la contienda? Estas secciones, dados la incertidumbre y embarazo en que se hallaban, oyeron naturalmente con aparente favor á los primeros que las hablaron, y como la Municipalidad tomó la delantera, con la Municipalidad se fueron, y en esto se fundaron los jacobinos para gritar desde el principio victoria, fiados en que la mayoría de las secciones era de Robespierre. Pero la adhesión de éstas no había sido tan explícita y formal como se imaginaban los jacobinos. He aquí, por ejemplo, la fórmula que empleó el comité de los Gravilliers. «El comité jura mantener la libertad y la igualdad, la República francesa una é indivisible; está en su puesto, y la defenderá á riesgo de su vida»: lo que realmente no le comprometía á nada. Esto no obstante, á media noche, la Municipalidad era con mucho la más fuerte y la mejor dispuesta para tomar la ofensiva. Mas no supo utilizar su ejército, que, si menos grande de lo que se figuraba, comprendía lo que había de más resuelto y enérgico en las fuerzas armadas de París. Olvidando cuán difícil le es el temperamento parisiense sostenerse largo tiempo en la misma tensión de ánimo, sobre todo cuando esta tensión empieza por la nota más aguda, por la fiebre, si no se la alimenta con una serie continua de estimulantes, se durmió al arrullo de la seguridad del triunfo, dejando á la

opinión volverse hacia la Asamblea, al pueblo y á los seccionarios armados enfriarse y retirarse poco á poco de la plaza de Grève. En cada momento de esta jornada, hasta media noche, la Municipalidad habría triunfado, si hubiese tomado la ofensiva, después de ligera resistencia. Pero, en vez de atacar, decretaba, peroraba, enviaba acá y acullá emisarios imbéciles, que no sabían siquiera informarla de la situación de París y de la Convención. No hay duda que el primer responsable de esta inacción fué Robespierre, quien si en vez de estarse metido en la Casa capitular, hubiere salido acompañado de Saint-Just presentándose á los cañoneros, á los gendarmes y á los seccionarios, reunidos en la plaza de la Villa, el entusiasmo del pueblo y del ejército habría llegado al delirio y derribado todas las resistencias, como derriba el río desbordado diques, vallados y cuanto encuentra á su paso. Suyos habrían sido los arrabales, que aun seguían indecisos. Pero Robespierre vacilaba, presa de crueles angustias, y Saint-Just, tan apto para la acción, habíase quedado desde que no le dejaron leer su discurso, silencioso é inactivo, y se estaba quieto como un doctrino, junto á su maestro. El único que mostró alguna energía fué el parálítico Couthon, quien, al llegar á la Casa consistorial, dijo: «Es preciso escribir á escape á los ejércitos.»—«¿En nombre de quién?», respondió Robespierre.—«¿En nombre de quién?», insistió Couthon.—«Es decir, ¿de qué derecho?», replicó Robespierre. Por donde se ve que este hombre fatal conservaba todavía un resto de conciencia. Payán y otros cabecillas redactaron un manifiesto á las secciones y lo presentaron á la firma de Robespierre, el cual escribió las primeras letras de su nombre, y luego dejó caer la pluma, sin acabar. ¿Se detuvo voluntariamente, no pudiendo decidirse á consumir aquel acto de rebeldía y usurpación, ó fué interrumpido por el golpe que le hirió? Con certeza no se sabe, aunque parece más probable lo segundo, porque el papel está salpicado en sangre. Mas lo que no ofrece dudas es, que la turbación de su conciencia le hizo perder las horas más críticas. Había ejercido de hecho una tiranía cruel, pero disfrazándose á sí mismo con sofismas, y cuando la usurpación se presentó á sus ojos cara á cara, brutalmente, tuvo miedo y retrocedió. Lo que él quería era, que un ejército innumerable de picas y de bayonetas disuadiese al enemigo de todo intento de resistencia, y que, sin peligro para ciudadanos tan útiles, pudiese en sus manos el poder, que codiciaba, ante todo, para llevar á la guillotina á los proscritos. Se ha dicho que murió por haber vacilado en ser tirano, y es cierto; mas no vaciló por ningún motivo noble ni á sabiendas, sino por miedo, por la pequeñez de sus facultades para lo que requería su monstruosa ambición. El que piensa alto y siente hondo ni vacila ni teme.

Hasta los elementos se conjuraron contra Robespierre. Hacia media noche, una tempestad descargó fuerte aguacero, que obligó á retirarse á la mayor parte de la muchedumbre que llenaba la plaza de Grève, mirada como la ciudadela inexpugnable de la Municipalidad. Desde este instante, todo se vuelve á favor de la Convención, por la indolencia de